

Docente, son tus huellas el camino y nada más

Blanca Estela Galicia Rosales*

Corría el año de 1987, estaba a punto de terminar la secundaria en la *Escuela No. 108 Sor Juana Inés de la Cruz* en Amecameca, Estado de México, justo en ese tiempo cuando Miguel de la Madrid Hurtado había emprendido políticas neoliberales modernizadoras, en medio de una gran deuda externa, una crisis inflacionaria fuera de control, un gasto público con recortes y una serie de privatizaciones que buscaban contrarrestar la caída en los precios del petróleo. Fue el tiempo en el que el sistema de formación docente en las escuelas Normales se elevó a nivel licenciatura y la novedad era la implementación de los centros de bachillerato en las escuelas que así lo requirieran.

La Preparatoria Anexa a la Normal de Amecameca había sido creada en 1985 y habían hecho amplia difusión de los estudios de bachillerato. Mis amigas y amigos a punto de egresar decían que esa escuela era para quienes deseaban seguir la docencia, y que era mejor presentar examen de admisión en la Escuela Preparatoria de Amecameca, perteneciente a la Universidad Autónoma del Estado de México, porque ahí se incorporarían quienes desearan seguir carreras universitarias. Mi padre y mi madre hablaron conmigo y me aconsejaron realizar examen de admisión a la prepa de la Normal; sin embargo, la idea de ser docente no era de mi preferencia, pues quería estudiar Derecho en la UNAM. Fue entonces que les dije que a mí me gustaría ir a hacer examen a la preparatoria de la UAEM.

Ellos accedieron a que presentara los dos exámenes y que tomáramos entre los tres la decisión del lugar para hacer la inscripción. El día de los resultados tuve la fortuna de salir seleccionada en la prepa de la UAEM y mi papá me dijo que me inscribiera y fuera a clases en el turno vespertino. Al poco tiempo también salieron los resultados de la prepa anexa a la Normal y, afortunadamente, salí en la lista de aceptación. Mi mamá insistió en que también me inscribiera en el turno matutino y así lo hice; entonces el problema era que iría a las dos escuelas, una en la mañana y otra en la tarde. Y posteriormente diría en cuál me

quedaría. Sólo duré una semana en esa situación porque en la escuela de la mañana me sentía muy bien.

Las y los docentes que nos daban clase explicaban de un modo sencillo y claro. En este contexto, tomé la decisión de darme de baja en la preparatoria del turno vespertino y quedarme en la Preparatoria Anexa a la Normal de Amecameca. Ahí conocí a compañeras y compañeros que tenían como objetivo la docencia y como que esa idea ya no me parecía tan descabellada. Fue entonces que me di cuenta de que la formación preparatoria para poder cursar la carrera docente recibía el nombre de bachillerato pedagógico. Tomamos cuatro semestres de educación física: basquetbol, voleibol, atletismo y campamento; en la formación artística: música, danza, artes plásticas y teatro. Teníamos clubes en los que se impartía: estudiantina, bastoneras, danza, rondalla, oratoria y edecanes. Y claro, también las asignaturas del plan de estudios como matemáticas, historia, filosofía, ética, lógica, inglés, artes, educación física, etcétera. Un bachillerato muy completo e interesante.

Logramos terminar el cuarto semestre 50 estudiantes, 46 mujeres y 4 hombres; sin embargo, una reunión con la directora nos llevó a un sinfín de preocupaciones. Ella dijo: —*Jóvenes, para ingresar al quinto semestre habrá un examen de selección para ver quién será aceptado para cursar el bachillerato pedagógico. Se les realizará un examen de conocimientos y quien lo acredite se quedará y quien no, podrá continuar sus estudios en cualquier otra preparatoria del sistema estatal—*.

Esto causó incertidumbre y nerviosismo porque se desdibujaba el anhelado sueño de la docencia; al saber esto, hubo quienes decidieron no presentar examen y tramitar el cambio de institución a alguna preparatoria cercana. Otros y otros decidimos presentar el examen. En mi caso, la decisión fue producto de una conversación con mi padre y mi madre, quienes me dijeron que, al ser 4 hijas, ellos no tendrían suficientes recursos económicos para que pudiera trasladarme a la Ciudad de México a estudiar Derecho. Lo comprendí y debo confesar que el diálogo con diferentes docentes de la Normal me había convencido de que ser docente representaba un compromiso personal con la sociedad, con la niñez y juventud de México.

El día de los resultados fue fatal para todas y todos los estudiantes: la lista de resultados sólo tenía trece nombres: doce de mujeres y un hombre. Mi nombre apareció junto al de una amiga; sin embargo, no aparecieron en la lista 6 entrañables amigas: fue un momento muy doloroso para todas. Las lágrimas aparecieron en la mayoría de las compañeras y compañeros. Con trece integrantes iniciamos el bachillerato pedagógico; ahí vivimos nuestras primeras prácticas de observación a todos los niveles de educación básica, vivimos nuestros primeros traslados a otros municipios aledaños. Y por fin se terminaron esos últimos dos semestres, en donde costó mucho adaptarnos.

Con anterioridad, ya se nos había dicho que nuevamente presentaríamos un examen de admisión, porque formalmente habíamos egresado del bachillerato, pero si queríamos ingresar a la Escuela Normal de Amecameca, tendríamos que solicitar el ingreso. Nuevamente, el nerviosismo se apoderó de las y los integrantes de la generación 1987-1990; pese a nuestros miedos, decidimos hacer la prueba. El resultado fue nuevamente desolador: sólo habían quedado 8 estudiantes (por lo menos mi amiga había quedado). En el segundo semestre de la carrera se incorporaron dos compañeras más: una de ellas había solicitado un cambio de adscripción y otra había solicitado la reincorporación a la Normal después de un permiso por gravidez.

El resultado fue un grupo reducido de la Licenciatura en Educación que cursaría el tronco común, es decir, tomaríamos asignaturas comunes hasta el cuarto semestre y, posteriormente, cada estudiante elegiría el nivel en el que deseaba especializarse. Cabe señalar que en la Normal de Amecameca, sólo se impartía la Licenciatura en Educación Preescolar. En esos dos años vivimos experiencias muy enriquecedoras: salimos a lugares lejanos para hacer prácticas de observación y de adjuntía en diversos niveles. Todas estas experiencias me fueron dando claridad en que no quería estudiar el nivel preescolar. Noté que me faltaba paciencia, se me dificultaba el acercamiento con niñas y niños de preescolar; por ello tomé la decisión de cambiarme a la Normal de Chalco, que impartía la Licenciatura en Nivel Medio Básico con especialidad en Ciencias Sociales. El único hombre de la generación y yo realizamos los trámites correspondientes para el cambio.

En septiembre de 1992, estaba inscrita en Chalco y nuevamente sufrí mucho porque mi amiga se había quedado en Amecameca. Tuve muchos problemas para adaptarme a las y los integrantes del grupo, extrañaba la pequeña Escuela Normal de Amecameca; poco a poco logré hacer algunas amistades. También encontré a docentes que contribuyeron en mi formación desde una mirada crítica. Ahora vivíamos las prácticas de conducción y la asunción de nuevos compromisos como la entrega de planeación de clases, la revisión de material didáctico, la vestimenta consistente en portación de traje sastre y zapatillas (este requerimiento siempre me causó problema).

Nunca entendí por qué era necesaria tanta incomodidad en el vestuario. Creo que se pensaba que, si ibas *bien* vestido, te ganarías el respeto de las y los estudiantes. Debo confesar que a veces desobedecía las normas y me llevaba mis tenis para jugar basquetbol. Cursé los últimos cuatro semestres en Chalco; en el sexto y séptimo ya combinaba el estudio con servicio social en el INEA, y en el octavo comencé a hacer el proyecto para titulación. Hoy, a casi 32 años del egreso de la Normal de Amecameca y de la Normal de Chalco (me siento egresada de las dos escuelas) porque en la primera estuve cinco años y en la segunda sólo dos, no obstante, las experiencias, vivencias y acontecimientos que fui encontrando en estas dos instituciones han contribuido en mi conformación como docente. Ante la pregunta: ¿Por qué me hice docente? He estado pensando en las huellas que me han dejado todos y todas a quienes he encontrado en el camino, comenzando por mi padre y mi madre, quienes llegaron a la jubilación como docentes de grupo, con quienes los diálogos a veces tensos y otras tersos lograron que pudiera valorar la práctica docente.

También para las y los docentes a quienes encontré en diversos momentos como estudiante, en cada paso de mi formación, su acompañamiento me permitió reconocer las complejidades del fenómeno educativo, desde una mirada crítica. Y asumir los compromisos frente a las adversidades cada vez más frecuentes a las que nos enfrentamos como docentes.

He hallado a lo largo de mi experiencia docente a compañeras y compañeros, quienes, con paciencia y afecto, fueron compartiendo

hospitalariamente sus saberes y consejos; algunos ya no están presentes, otros ya se jubilaron y otros más siguen en la práctica.

Tal vez la contestación a la pregunta “¿Por qué me hice docente?” Sigue sin respuesta; sin embargo, he generado una que me permite mirar mi devenir docente: ¿Por qué me fui haciendo docente? Y ahí están todas y todos con quienes he estado transitando este camino.

¡Docentes, son tus huellas el camino y nada más, docentes, no hay camino, se hace camino al andar!

*Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria 602 “Juan Rulfo” y de la Escuela de Bellas Artes de Amecameca en el Estado de México. blanquitagalicia@yahoo.com.mx

